

SARTRE: EL FILOSOFO DE LA LIBERTAD

Por: Serafín Coste



EN una época en que vemos a la ciencia trascender el mundo, dotarlo de un sistema nervioso, difundirse por él, llegar incluso hasta el umbral de ese dominio que confiere el derecho de vida o muerte, he aquí que una vida y una literatura vienen a gritarnos que jamás ese mundo estuvo más alejado de nosotros, que es y será siempre intocable e inaccesible; que el hombre, el inventor de técnicas tan infalibles, el organizador de industrias tan poderosas, el relojero de esos movimientos celestes tan minuciosamente deducidos, ese hombre está solo, cerrado en sí mismo, emparedado en su finitud, abandonado en su única condición: LA LIBERTAD; que, por lo demás, su libertad es el exilio y que se halla condenado a ser libre.

Hace tiempo que el objetivo de una filosofía se había visto expulsado de una "vida" con la que parecía estar en voluntaria incompatibilidad. El aforismo: "Primum vivere, deinde philosophari" da todavía testimonio de esa separación jerarquizada. He aquí que, desde hace varios años, el propio filósofo se convierte en "un ser en el mundo"; se hace hombre. Las melodías, por lo general amortiguadas a causa de su tradicional abstracción e inaptas para descender hasta los

tímpanos normales, hinchén con su pujanza los vocablos más corrientes, ganan las librerías, las escenas de ciertos teatros, las salas de conferencias y se aprestan a invadir las pantallas cinematográficas.

La filosofía ha cesado de chisporrotear únicamente en los santuarios o en las cimas de difícil acceso. Como antaño a los viejos dioses, se la encuentra hoy en las lindes de los caminos, surge de cualquier reunión y se ve propagada por el paseante reflexivo, por el empleado, por la entretenida, etc. Se ha puesto al nivel del individuo. Conmueve.

Claro, se estaba persuadido de que de las novelas y obras teatrales preferidas se desprendía una moral y hasta una metafísica; había desde luego en Balzac una filosofía de la historia, en Stendhal, una odisea del hombre frente a la libertad; en Proust, una metafísica del tiempo. Pero podríamos hacer caso omiso de ellos y limitarnos a guardar una simpatía enteramente personal, dejando todas las conclusiones éticas a los exégetas profesionales.

Empero, cuando nos acontecía tener que volver a releerlos, sólo lográbamos sentirnos realmente satisfechos si de las aventuras se desprendía una amplia teoría psicológica o una moralidad de carácter general.

Se le exigía al novelista el lenguaje que, sin ser el de los adeanos con quienes se codeaba diariamente en los caminos, dejara al menos traslucir, bajo su elaborada distinción, los mismos impulsos, henchidos de pasión, las mismas inquietudes extenuantes y vividas, las mismas esperanzas humanas experimentadas por aquéllos. Mas al crítico le estaba reservada la tarea de elevarse por encima de todas aquellas vivencias, satisfacer con una simple explicación el súbito anhelo de abstracciones.

En lo que concierne a Sartre, él nos veda hoy esta tradicional escisión. El no pudo, en efecto, continuar sometándose a ese muro que separaba los dos antiguos caminos paralelos. Sus personajes no están ahí para sublevar sus destinos individuales a fin de que éstos vayan a condenarse, al otro lado de la pared, dentro de la generalización del crítico. Quieren

expresar por sí mismos esa significación conceptual, de la que son el sostén. Ellos mismos dicen todo lo que tienen que decir y todo cuanto puede decirse de ellos.

No son pasivos temas de estudios depositados en las novelas; son sus propios comentarios exhaustivos. No espera a que otros les identifiquen, a que los asimilen o clasifiquen a cualquier tipo literario o a cualquier criatura infra-humana; tampoco esperan que un conferencista los glorifique o los afrente; esos personajes realizan sus faenas por sí mismos.

La antigua tragedia de Orestes y Electra no basta, indudablemente, para saciar la inconmensurable apetencia de abstracción que experimenta este siglo; Orestes disertará por sí mismo, acerca de su propia libertad, y Júpiter en persona se tomará la molestia de sustituir el lánguido monólogo por una animada controversia. Los tres condenados de "A Puerta Cerrada", insignificantes y pésimos sujetos, definirán por sí mismos el recóndito símbolo que encubren. Al héroe de "Los Caminos de la Libertad" apenas le costará trabajo hacernos comprender, a través de sus dichos y de sus monólogos interiores, las fluctuaciones que siente al elegir o las alternativas que se presentan ante sus escrúpulos, porque, cabalmente, él mismo es profesor de filosofía. Incluso podemos ver, en "Muertos sin Sepultura", a cuatro personajes ya torturados o que van a serlo, exponer con valentía y gran lucidez, la razón de todas sus actitudes y todos sus silencios, y edificar, en sus mismas celdas, la metafísica de la tortura.

En cuanto al desesperado Roquentin, cuyas errabundas caminatas no lograrán interesar a las almas enamoradas, escogerá sus vagabundeos como una ocasión propicia para auto-analizarse y elaborar una filosofía de la angustia. Todos vienen a nosotros, todos nos dicen cuanto tienen que decirnos, sin dejar efectivamente a sus espaldas otra cosa que el silencio profundo, con excepción de algunos balbuceos, de su desorientación estupefacta.

Parece ser que la crítica no estaba habituada a estos personajes habladores que le ganan la delantera y que incluso la sustituyen decididamente, a la manera de esos sujetos irónicos

que prevén y expresan el pensamiento del interlocutor, que plantean por sí mismos las objeciones, formulan preguntas y respuestas, abundan en su sentido y le dejan completamente desarmados ante los residuos exteriores de sus más íntimos juicios. Hoy mejor que nunca se comprende la aversión usual de la crítica hacia esos personajes que se presentan a sí mismos, que inmediatamente advierten que es inútil tratar de pasar, con sus verdades al desnudo, por cínicos fastidiosos.

Sin hacerse esperar, Sartre realizó una de las más positivas de sus propias críticas. Las meditaciones de "La Náusea", los punzantes relatos de "El Muro", los diálogos de "Las Moscas" tuvieron, pues, que ser comentados y explicados en textos, dentro de los cuales el lenguaje corriente sustituía a la dialéctica. Tuvo, incluso, que alternar las obras literarias con las filosóficas: "La Náusea"; "La Imaginación"; "El Muro"; "Lo Imaginario"; "Las Moscas"; "El Ser y La Nada", "A Puerta Cerrada".

Estos son los personajes de Sartre vistos de una forma general. En lo que nos resta de este artículo veremos al Sartre hombre, con su ambiente y sus reacciones al mismo, el cual lo tomó de la mano para mostrarle el camino que sólo él podía trazarse, el de la LIBERTAD ABSOLUTA.

PRIMERA FASE

El primer período de su vida podemos decir que comprende desde su nacimiento hasta los trece años; se encuentra ese elemento de ambigüedad que permanecerá en él inalterable a lo largo de su evolución.

Estos primeros años están señalados por el conflicto religioso. Conflicto que se manifiesta en "Mitad Católico, Mitad Protestante". En su corazón acecha la fe de los otros, no su convicción personal.

Este conflicto se puede caracterizar por dos oposiciones fundamentales. Por una parte la familia, lleno de ternuras seguía siendo huérfano de padre, hijo de nadie. Este mismo conflicto, profundizado por el mismo Sartre se expresa en términos más

filosóficos como "PURO OBJETO" y "FONDO FRIO, INJUSTIFICADO".

En su obra "Las Palabras", son muchas las páginas que este autor dedica a su familia. Su padre, oficial de marina, murió joven. Sus abuelos paternos no tuvieron prácticamente ninguna influencia en el pequeño Jean-Paul. El abuelo, médico rural, se casó con la hija de un rico propietario. Al poco descubre que su suegro no tenía el dinero que se pensaba y, ultrajado, el doctor Sartre permanece cuarenta años sin dirigir la palabra a su esposa. Compartía su lecho, y de vez en cuando le daba un hijo. Así nació Jean-Batiste, padre de Jean-Paul Sartre.

La familia de su madre fue la que ejerció mayor influencia en su niñez. Los abuelos maternos, Charles Schweitr y Louise Guillermin, eran a la vez naturalistas y puritanos. Este era también un matrimonio dividido. Louise, viva y maliciosa pero fría, pensaba derecho y mal, porque su marido pensaba bien y atravesado. Louise, incrédula, hizo a sus hijos creyentes por disgusto con el protestantismo.

Charles, el abuelo, "se parecía tanto a Dios padre que a menudo se le confundía con él. Me llamaba su pequeñito con voz que temblaba enternecida, mientras las lágrimas inundaban sus ojos fríos." (Las Palabras)

A todo lo dicho se unía una incredulidad sarcástica que influiría enormemente en la religiosidad y en el sistema de Sartre. "No se perdía la ocasión de ridiculizar el catolicismo. Sus conversaciones de sobremesa se parecían a las de Lutero..." (Las Palabras). En estas conversaciones Anne Marie, la madre de Jean-Paul, "se guardaba mucho de intervenir; ella tenía su Dios privado" (Las Palabras) y no le pedía más que la consolara en secreto. La madre era más bien una hermana mayor para él. Ella le contaba sus desgracias y él la escuchaba quizá hasta con compasión; él pondrá su joven importancia a su servicio. Le obedecerá? No, sino que accederá bondadosamente a sus súplicas. En el fondo la verá siempre como una extraña.

Tanto en la familia del padre, como en la de la madre de Jean-Paul se da un rasgo significativo: la separación, el conflicto, la dualidad. Este rasgo será una pesada herencia para el niño y

ayudará a determinar su actitud madura. Es una confesión del mismo Sartre:

El debate proseguía en mi cabeza, debilitado: otro yo mismo, mi hermano negro, rechazaba lánguidamente todos los artículos de fe: yo era a la vez católico y protestante, juntaba el espíritu crítico al espíritu de sumisión. En el fondo, todo esto me machacaba: fui conducido a la incredulidad no por el conflicto de los dogmas, sino por la indiferencia de mis abuelos. (1)

Cuando el pequeño Jean-Paul empieza a actuar por sí mismo, cuando el niño hace sus gracias *es objeto* de admiración. Toda la familia le aplaude. Se monta en torno a él una gran comedia.

Este pequeño actor triunfa. Toda su ilusión es agradar, ser admirado. Empieza a dividirse interiormente. "Tengo palabras de niño, se conservan, me las repiten: aprendo a hacer otras. Tengo palabras de hombre: se me ocurren cosas por encima de mi edad." (Las Palabras)

Es verdad que en sus recuerdos de infancia hay mucho de elaboración posterior. Pero la línea general responde a una realidad. Y esa línea nos da la impresión de escisión, de ruptura interior de la que no podemos desprendernos.

La comedia familiar me sirvió: se me llamaba don del cielo, era una burla y yo lo ignoraba; cebado de ternura, tenía la lágrima fácil y el corazón duro: quería llegar a ser un regalo útil a la búsqueda de sus destinatarios. (2)

Uno de los rasgos más característicos de Sartre es su desprecio a la paternidad. Quizá también una de las causas fundamentales de su ateísmo y como consecuencia de su postura última.

Los hombres, me importaban poco, pero, ya que hacía falta pasar por ellos, sus lágrimas de alegría me hacían saber

que el universo me acogía con reconocimiento. Se puede pensar que era muy impertinente; no: yo era huérfano de padre. Hijo de nadie, yo fui mi propia causa, colmo de orgullo y miseria. (3).

La muerte prematura de su padre, cuando aún no llegaba a los dos años de edad, fue el gran negocio de su vida; *lo que le dio la Libertad*. Para Sartre el padre es una carga pesada que hace insoportable la vida: "si hubiera vivido, mi padre se hubiera acostado sobre mí todo a lo largo y me hubiera aplastado. Por suerte, él murió a edad temprana..." (LP p.80).

Para Sartre, la paternidad no consiste sólo en engendrar hijos, sino, sobre todo, en tenerlos. Es decir, posesionarse de ellos, considerarlos como una cosa que se tiene y se puede manejar, dirigir. Eso va en contra de la Libertad de cada uno.

Podemos preguntarnos, cuáles fueron las consecuencias de esa orfandad? El mismo Sartre enumera algunas y deja adivinar otras. En primer lugar, suscribe la afirmación de un psicoanalista: él no tiene superego, en el sentido freudiano. La "censura" no interviene para nada en su vida. No se siente atado por ligaduras morales, de lo que deduce que es *plenamente libre*.

Los recuerdos que tiene de su padre, lo que sabe de él, es algo totalmente extrínseco. "Si él me ha amado, si me ha cogido en sus brazos, si ha vuelto hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos, nadie guarda memoria de ellos: son penas de amor perdidas" (LP p. 12).

Las alusiones que Sartre hace a su padre son un poco chocantes porque van llenas de ironía por su falta de respeto y en el fondo, por su lejana afectividad.

(mi padre)... se casó (con mi madre), le hizo un hijo al galope, yo, e intentó refugiarse en la muerte. (4)

Mi suerte fue el pertenecer a un muerto: un muerto había derramado las gotas de esperma que son el precio ordinario de un niño. (5)

Sartre se siente ligero. No es un jefe ni aspira a ello. La autoridad nace de la paternidad. Y Sartre no ha aprendido a obedecer, y, por tanto, nunca ha sabido mandar ni dar una orden sin reír y sin que se rían de él.

Unidas a estas consecuencias, que Sartre llama ventajas, no se puede dudar de que hay una especie de nostalgia del padre. Esta nostalgia se detecta en dos campos: el exilio terreno y el exilio celeste.

Al morir Jean-Baptiste, el pequeño Jean-Paul se sintió abandonado. Libre, sí, pero solo. Un hombre desarraigado, un hombre sin destino, sin oficio. Cuando pequeño armaba demasiado ruido su madre le decía: "Ten cuidado, no estamos en casa..." LP. Pág., 19.

Nosotros no estuvimos nunca en nuestra casa ni en la calle Le Goff, ni más tarde, cuando mi madre se volvió a casar. Yo no sufría porque me prestaba a todo; pero me sentía abstracto. Para el propietario, los bienes de este mundo reflejan lo que él es; a mí me enseñaban lo que no era; yo no era ni consistente ni permanente, yo no era el continuador futuro de la obra paterna, yo no era necesario para la producción del acero; en una palabra, yo no tenía alma.
(6)

Este vivir en el exilio terreno tiene una proyección trascendente. En vez de sentir esta indigencia como una ineludible condición humana, como una llamada a algo superior, a una morada celeste, será este mismo sentimiento el que le llevará más tarde a la experiencia de La Náusea, al sentirse "de más".

En el plano de la religiosidad, la falta del padre le ocultará el misterio de Dios.

Yo no podía sacar de mí el mandato imperativo que hubiera justificado mi presencia sobre esta tierra ni conocer a nadie el derecho de dármele... Permanecía...falto de un Dios, o simplemente, de un padre (7).

Esta soledad contrasta con la comedia familiar. La ternura, los mimos, la admiración, el cariño, al caer sobre Jean-Paul, huérfano, hijo de nadie, creaban en él un conflicto profundo, una dislocación interior. Nunca el ambiente de la casa de sus abuelos pudo sacarle de su soledad interior, de su indigencia connatural.

Este desnivel afectivo creó en él una división interna, una dualidad íntima que quizá le llevará a la neurosis.

Si de este conflicto vivencial pasamos al terreno más profundo de la existencia, nos encontraremos con una total correspondencia.

El encadenamiento parece claro: feminizado por la ternura maternal, debilitado por la ausencia del rudo Moisés que me había engendrado, infatuado por la adoración de mi abuelo, yo era puro objeto, predispuesto perfectamente para el masoquismo si hubiera podido creer en la comedia familiar. Pero, no; ésta sólo mataba en la superficie y el fondo permanecía frío, injustificado. (8)

Esta experiencia existencial de la infancia dará después, como fruto de la reflexión filosófica, los conceptos opuestos del “En-sí” y el “Para-sí”, y “Para-otro”.

Tenemos el terreno predipuesto para la primera crisis religiosa. En el relato que Sartre hace de su infancia es difícil precisar el momento justo en que sucede. Sin embargo, hay dos momentos claros y perfectamente diferenciados: una primera ruptura violenta y una posterior desaparición llena de tranquilidad. Podríamos decir que la ruptura violenta es la mediación entre la inicial postura religiosa y la actitud atea final.

En el fondo el pequeño Sartre tiene razón al rebelarse contra esa caricatura de Dios. No es posible vivir en el temor, y como no encuentra la solución auténtica ni hay nadie que se la enseñe, se decide por el rompimiento, por la rebelión.

Esta ruptura violenta será el paso hacia un tranquilo prescindir de Dios hasta que éste desaparezca por completo. Y

esto tendrá lugar en una experiencia serena, a los doce años, por la que llegará Sartre a la primera síntesis atea.

Una mañana, en 1917, en la Rochelle, esperaba a mis compañeros que tenían que acompañarme al liceo; tardaban, pronto no supe ya qué inventar para distraerme, y decidí pensar en el Todopoderoso. Al instante se desvaneció en el azul y desapareció sin dar explicaciones: no existe, me dije con admirada cortesía, y creí el asunto arreglado. En cierta manera lo estaba, ya que nunca, desde entonces, he tenido la menor tentación de resucitarlo.

(9)

Esta fue la primera experiencia de los doce años. Parece, a primera vista, que ya no hay más que decir. Tenemos ya a Sartre perfectamente ateo.

Sin embargo, hay en las últimas palabras dos cuestiones un poco oscuras. En primer lugar, la expresión "en cierta manera". Parece como si quisiera indicar que esta experiencia no fue definitiva, que todavía habrá crisis posteriores. Y, después, esa falta de correlación entre los términos contrarios, pero no contradictorios. De alguien que no existe no se puede decir que está muerto.

Estamos así dispuestos a entrar en la juventud de Sartre e intentar descubrir el hilo conductor que nos desvele la evolución de su postura.

SEGUNDA FASE

No se conoce, directamente, los años juveniles de Jean-Paul. Sus memorias sólo abarcan el período de su infancia y es la hora en que no nos ha comunicado su historia íntima posterior. Es muy difícil el seguir la línea de su evolución, pero creemos que algunos datos sueltos nos pueden proporcionar ese hilo conductor que vamos buscando.

La vida externa de estos años está totalmente dedicada al estudio y a la enseñanza. El Bachillerato lo estudia en el liceo de La Rochelle. En 1924 consigue el difícil ingreso en la escuela

Normal Superior. En la rue d'Un se formará durante cuatro años. Fracasa en las primeras oposiciones a profesor auxiliar, y, el año siguiente, 1929, consigue la "agregation". Es éste el período en que entabla amistad con Nizan, Herbaud, Aron y Simone de Beauvoir. Durante dieciséis meses hace el servicio militar en la estación de meteorología de Tauris. Y, a partir de 1931, ejerce como profesor de filosofía en el liceo de Le Havre. Después de un viaje de estudios a Berlín, vuelve a su labor de enseñanza.

En resumen, estos son los años externos. Pero, qué pasaba en su interior? Su infancia se ha cerrado con la crisis religiosa que estudiábamos en el apartado anterior. Fue definitiva? Fue lógica? Veamos nuevamente este texto:

No existe (Dios), me dije con admirada cortesía, y creí el asunto arreglado. En cierta manera lo estaba, ya que nunca, desde entonces, tuve la menor tentación de resucitarlo. (10)

Por qué dice Sartre "cierta manera" ¿Es que seguía existiendo para él Dios? El mismo nos lo explica:

Pero el Otro permanecía, el invisible, el Espíritu Santo. (11)

La pregunta que surge ahora es la siguiente: quién es ese Otro? No puede ser el Diablo de su infancia, pues ése ya está superado. No es el Dios de barba blanca que su abuelo encarnaba. No es el Dios indiscreto que siempre lo está mirando. Es Algo muy diferente:

Yo tenía conciliábulos con el Espíritu Santo: "Tú escribirás", me decía. Yo me retorcí las manos. "¿Qué tengo yo, pues, Señor, para que me hayáis escogido?" "Nada de particular". "Entonces, ¿por qué yo? ¿Tengo, al menos, alguna facilidad de pluma?" "Ninguna. Crees tú que las grandes obras nacen de plumas fáciles?" "Señor, ya que

*soy tan nulo, cómo podré hacer un libro? ” “Aplicándote”
“Cualquiera puede, entonces, escribir?” “Cualquiera, pero
es a ti al que yo he escogido”. Este truco era muy cómodo:
me permitía proclamar mi insignificancia y, al mismo tiempo,
venerar en mí al autor de futuras obras. Estaba elegido,
marcado, pero sin talento. (12)*

Del fingido diálogo infantil con el “Espíritu Santo”, pasará ahora Sartre a no saber con quién dialogar interiormente. Esta fuerza anónima y Sagrada era totalmente extraña, permanecía lejana y sin voz.

*De aquel (el Otro) me costó mucho trabajo liberarme, ya
que se había instalado en la popa de mi cabeza entre las
naciones comercializadas que usaba para comprenderme,
situarme y justificarme. (13)*

Esta reflexión de Sartre señala un paso importante en su evolución. Es en este momento cuando Sartre empieza a utilizar a Dios. En cuanto se convierte en noción, deja ya de ser persona, pasa de ser Alguien a ser Algo. Y cuando el hombre empieza a servirse de Dios, lo empieza a aniquilar.

En el fondo, Sartre cae aquí, en esta época de su juventud, en el mismo defecto que achacaba a los cristianos. Utilizar a Dios para justificarse, para sentirse seguro, para explicarlo todo. Cómo conseguirá Sartre liberarse de esa noción anónima?

*Escribir fue, durante mucho tiempo, el ir a pedir a la
muerte, a la religión enmascarada, el arrancar mi vida del
peligro. Me convertí en “clerical”. Militante, quise salvar-
me por las obras; místico, intentaba desvelar el silencio
del ser por el rumor contrariado de las palabras, y, sobre
todo, confundía las cosas con sus nombres; eso es creer.
(14)*

He aquí un texto de difícil interpretación. Trataremos de interpretarlo para que nos aclare su sentido.

Comienza Sartre por decir lo que fue para él el comienzo de su vocación de escritor. Un ansia de liberarse del peligro. Ya que no podía sentirse justificado por la presencia de un padre o de un Dios, su vida entera corría peligro.

Entonces se vuelve hacia la muerte, que no tiene aquí el sentido de desaparición del mundo, ni de tragedia, sino que simboliza todo lo contrario: la inmortalidad del escritor por la pervivencia de sus obras, y hacia la religión enmascarada, es decir, la evasión hacia otra vida, la huida de la realidad, la salvación asegurada.

Esta actitud de búsqueda no era sincera. No había autenticidad en ese idealismo militante. Eso es lo que nos quiere decir Sartre, en la segunda parte del texto que analizamos.

Ser "clerical" equivale, para Sartre, a ser fanático idealista, Alienarse con la alienación más peligrosa: la de la acción, Confundir las cosas con sus nombres: creer, es decir, no profundizar en la realidad existente, sino contentarnos con las apariencias.

Esta actitud la critica duramente el mismo Sartre en una de sus mejores piezas teatrales. Toda la segunda parte de "Las Palabras" se titula "Escribir". Ya de niño los libros tenían para él una categoría sagrada: "Yo había encontrado mi religión: nada me parecía más importante que un libro. La biblioteca era el templo" LP. Pág., 127.

Después de su juventud permanece firme la idea: escribir para salvarse.

Junto a esta liberación personal, apunta la idea de apostolado. El sentido de la vida no consiste en salvarse a uno mismo, sino también en salvar a los demás.

Se escribe para sus vecinos o para Dios. Yo escogí el escribir para Dios a fin de salvar a mis vecinos.(15)

Esto pensaba Jean-Paul en su niñez. Pero, en su juventud, cuando ya Dios había desaparecido,

Conservamos durante mucho tiempo él (Nizan) y yo el vocabulario cristiano: ateos, no dudabamos de que habíamos sido puestos en el mundo para lograr nuestra salvación, y, con un poco de suerte, la de los otros. (16)

Cuándo llegará la liberación total? Esta liberación será fruto de otra crisis, más profunda, más humana, más existencial. Pero esto entra dentro de la etapa siguiente.

Nos preguntabamos al principio de la evolución sartriana si era lógica una frase en la que se apuntaba lo siguiente: Sartre no siente tentaciones de resucitar a un Dios no existente. Aquí tampoco daremos la respuesta. Quizá sea éste uno de los puntos más interesantes que se dilucidarán en los años que siguen a su experiencia de la "Náusea".

TERCERA FASE

Podemos decir que la etapa de madurez humana en Sartre comienza en 1938 con la aparición de su primera obra de peso, "La Náusea". No es fácil precisar la duración de este periodo en la evolución interior. Creemos que entre 1952 y 1954 Sartre sufre una nueva crisis interior y liquida la actitud de lucidez y triunfalismo. Externamente esta crisis no se manifiesta hasta 1964 en que publica "Las Palabras".

Una vez sugeridas estas precisiones, bosquejaremos los hechos externos más importantes de esta época.

Jean-Paul Sartre pasa de humilde profesor de instituto a escritor famoso. Este cambio afectará definitivamente a su vida. En el fondo es un volver a la situación equívoca de la infancia: allí era la comedia familiar, ahora será la comedia social. Esta situación de hombre público le obligará a radicalizar su actitud interior y, sobre todo, a construir un sistema, una doctrina sólida y coherente.

Y todo este se fraguará en el clima ambiental de la segunda guerra mundial. Este mundo circundante servirá al mismo tiempo de melodía y de música de fondo. Sartre ha tenido una enorme preocupación por captar los signos de los tiempos.

Consideramos que lo mejor que ha dado el marxismo es ese sentido histórico que obliga al compromiso con la actualidad.

Ese mismo sentido de actualidad le llevará al ritmo de la Europa reconstruida y triunfante hasta el clímax del triunfalismo ateo. Viajes, conferencias, congresos, todo el conjunto de actividades del hombre famoso y aplaudido.

He aquí las líneas generales de su actuación exterior. En su evolución interna este período tiene poco de original. En el fondo, no es más que la expansión hacia fuera de algo que se venía gestando en los años anteriores. Es interesante, sin embargo, señalar los puntos fundamentales para seguir el hilo de la evolución de su actitud, que venimos estudiando.

La existencia de Sartre empieza aquí a echar sus raíces.

Conseguí, a los treinta años, este buen golpe: escribir La Náusea —bien sinceramente, se me puede creer— la existencia injustificada, salobre de mis congéneres y poner la mía fuera de causa. (17)

La experiencia de “La Náusea” ha sido descrita. Es tema obligado de toda la bibliografía sartriana. Las páginas en que Antonie Roquetin, en el parque, contempla la raíz del castaño y se siente “de más”. “De más por toda la eternidad”.

Yo era Roquetin, mostraba en él, sin complacencia, la trama de mi vida, y, al mismo tiempo, yo era yo, el elegido, analista de los infiernos, fotomicroscopio de cristal y acero inclinado sobre mis propios sueros protoplasmáticos. (18)

Es la experiencia interior del vacío, del absurdo, de la inanidad. La trama interior de la vida que se descubre en un instante, de golpe, brutalmente. Es una de esas experiencias límites en que uno se enfrenta, sin mediadores, con la propia existencia.

En términos de filosofía clásica se llamará a este momento la experiencia de la contingencia. Es un momento decisivo en la

vida de un hombre. Un momento angustioso en el que se agolpan todas las herencias, los condicionamientos, las vivencias, y se abren ante nuestros pies mil caminos. Es el instante en el que se decide la autenticidad de un hombre.

Se impone la elección, el partir de cero, el reconstruir la propia vida. No hay que elegir, hay que sacrificar mil destinos posibles y escoger uno solo. Hacer la oposición de la realidad. En este momento se encuentra Sartre. Tiene treinta años, la plenitud humana, un pesado fardo a la espalda, su infancia, su juventud y un interrogante por delante: Qué camino escoger?

Sartre elige la Libertad. Una libertad absoluta, total, sin límites ni fronteras. Una libertad "liberadora", y que algunos la han llamado al mismo tiempo cruel y despiadada. La Libertad de la existencia injustificada. Hombre solo entre los hombres y para los hombres.

No hay duda de que esta elección es plenamente sincera, aspecto muy positivo en Sartre. Es el nudo final de una cuerda que han ido tejiendo los años. Por ella Sartre se vuelve hombre auténtico, sin temores. Hubiera podido elegir cualquier otra actitud. Para muchos autores que han contemplado esta lucha y esta elección es algo triste, pero hay que tener presente que es algo digno de respeto. La intimidad de cada persona es totalmente inalienable y sagrada.

Ahora Sartre está en su plenitud. Su figura es popular. Funda una revista. Sus libros se venden a millares. Surgen sus obras teatrales que son aplaudidas en los escenarios. Es el momento del éxito, de la fama, del triunfo.

NOTAS

(1) Jean-Paul Sartre; *Las Palabras*. Ed. Losada; Buenos Aires, 1965, Pgs. 81-82 (En adelante será citada LP).

(2) Sartre, LP, pág. 91

(3) Idem.

(4) LP. Pág. 8.

(5) LP. Pág., 14.

(6) Jean-Paul Sartre, LP. Pág., 71.

(7) O.C. Pág., 109.

- (8) Jean-Paul Sartre, LP. Págs., 91-92.
(9) Jean-Paul Sartre. L.P. Pág., 109.
(10) Jean-Paul Sartre. Lp. Pág., 109.
- (11) Ibid. Pág., 155.
(12) Ibid. Pág., 110.
(13) Jean-Paul Sartre. LP. Pág., 111.
(14) Ibid. Pág., 111.
(15) Jean-Paul Sartre. LP., 150 (15) Jean-Paul Sartre. LP. Pág., 150.
(16) Jean-Paul Sartre. *Situación IV*. Ed. Gallimar; París, 1965, pág. 156.
(17) Sartre, LP. Págs. 209-210.
(18) Sartre, LP. Pág. 210.